

Al empezar esta conferencia, yo quisiera decir algo a propósito de un amigo mío a quien mucha gente acá le conocía, a veces muy bien, y quien se murió subitamente en París uno de los últimos días de julio. Yo ya estaba en vacaciones, muy lejos de París, y aprendí la noticia primero con estupor, después con tristeza, y como siempre en frente a este tipo de acontecimiento, con una profunda incredulidad. Y no obstante, es muy cierto : Albert Fontaine es muerto.

Con él, se va un amigo de más de veinte años para mí, y se va también una parte de la historia de la escuela lacaniana. Se puede decir, simplemente, que sin él, yo no estaría aquí ahora : un poco después del comienzo de la revista Littoral, en el verano de 1981, Albert encontró algunos analistas que vivían en México — donde radicaban sus hermanos, y donde él había pasado una parte de su infancia — y el año después les hizo hallarse con algunos de nosotros en París. A partir de eso, se tramaron diversos vínculos y lazos de trabajo y de amistad, los cuales me han conducido, a través de una historia ya larga y a veces difícil, ubicarme en frente a ustedes para dictarles una conferencia. Cuando yo telefoné a Albert por la última vez, algunos días antes de mi salida de París, y que le conté mi intención de dictar mi conferencia en castellano, se puso a reír y me dijo “Suerte”. Esta palabra suya sigue siendo viviente para mí ahora y es con ésta, con su ayuda tan frágil en adelante, que me voy a atacar sin rodeos esta cuestión intitulada :

LA DEPUESTA* DEL ANALISTA**

La transmisión del psicoanálisis se presenta irresistiblemente como una especie de cuadratura del círculo. Nadie, en efecto, pone en cuestión el sacrosanto principio del didáctico, ese análisis siempre requerido a título de condición necesaria para la formación de un analista pero todos, al mismo tiempo, coinciden en no reconocerlo como condición suficiente. Y como podrían — si por ventura lo quisieran — ya que entonces les sería necesario ponerse de acuerdo sobre aquello por lo que un tal análisis debería mostrarse conclusivo, perspectiva que puede decirse desesperada tras ochenta años de freudismo diversamente institucionalizado. Estamos entonces, con esta cuestión, frente a un sistema de modalidades localizables : sabemos todos localizar lo necesario — Viva el análisis didáctico ! — pero ese "todos" vuela en pedazos en cuanto se trata de indicar la conclusión contingente, de decir con alguna claridad las coordenadas del acto por el cual el analizante vira al analista. Deseo mostrar en lo que sigue lo que ocurre del lado del analista en un tal viraje, estableciendo lo que hace límite a su acto, y toma en primer lugar el aspecto de un punto de tope enunciativo.

I. Una alternativa patituerta

Como otros, he tenido que enfrentarme un cierto número de veces con finales de análisis — no necesariamente "didácticos" — que giraban todos alrededor de un punto que puede decirse estructural en lo que está ligado a la naturaleza misma de la transferencia : era demandado con insistencia (esto era a veces un eufemismo) que yo diera un signo — tan mínimo como sea — de que el análisis había llegado efectivamente a una conclusión. ¿ No estaba yo en condiciones, y mejor que nadie, de saber si sí o no el trabajo emprendido había arribado a algo así como un término ? Por qué diablos yo me aplicaba (ya que tal era en efecto el caso) a no dar un tal signo, a través de algunas trampas y cables echados (entre otros el tortuoso "el que calla otorga")?

*. Hemos elegido traducir "Démise" (de "démètre" : demitir a alguien de su función) por «depuesta», inexistente en español, pero que guarda casi intacto el juego de palabras implícito en el original francés — *mettre* : poner; *mise* : apuesta — al mismo tiempo que la raíz verbal de la acción de la que se trata en el texto. (N. del T.)

** . Es necesario aclarar, a fin de evitar cierta ambigüedad en la lectura del texto que la palabra "real" aparece utilizada constantemente como adjetivo relativo a los reyes y la monarquía, y en ningún caso como categoría lacaniana (N. del T.)

Esencialmente por el hecho de estar advertido que — tan próximo o inminente como pudiera entonces parecer ese "final" — no habíamos salido por ello de la transferencia. Bien por el contrario, era entonces patente que esta última conocía un sintomático relanzamiento dada una tal demanda : "dar un signo de". Es ese uno de los ejes de referencia de una transferencia, y el comentario del Banquete hecho por Lacan durante su seminario sobre *La transferencia* lo señala bastante bien : lo que Alcibíades demanda a Sócrates no es de amarlo ; todo ese pequeño mundo sabe perfectamente que Sócrates ha amado a Alcibíades y lo ama aún, es de notoriedad pública. No : lo que Alcibíades exige de Sócrates es que este último *de* un signo de su amor. Y es precisamente esto lo que Sócrates rehusa, elude, lo que le permite, para concluir, el designar a Agatón como el objeto real de la demanda de Alcibíades. Allí está uno de los requisitos de la transferencia : que un signo — *producido por quien corresponde*, todo reside en eso — venga a hacer signatura, venga a detener el deslizamiento indefinido de las significaciones, venga a bloquear la metonimia, dándose cariz de acto. Así, en tanto que analista, yo era invitado a signar primero el acto que habría establecido que, allí, sí, había habido análisis.

Y yo me abstenía por el hecho de encontrarme, en esos momentos, frente a una alternativa patituerta de la cual uno de los elementos faltaba. Por una parte, en efecto, si, yo era quien estaba en mejores condiciones para responder a una tal pregunta, no por un prudente "puede ser", sino por un "sí" o por un "no". Es de la responsabilidad del analista, encargado de conducir una cura, el saber si es pertinente o no el detenerla. Y en diferentes ocasiones hube de intervenir para significar que no estaba en cuestión el poner un término al análisis, frente a demandas de interrumpir que, por una razón o por otra, me parecían intempestivas. Responder entonces "no" no planteaba ningún problema, ni técnico, ni ético. Esta respuesta de autoridad se imponía entonces, aun si modulada en sus acentos según la singularidad de la transferencia en curso. Por el contrario, en otras ocasiones en que demandas del mismo orden intervenían, y en donde yo no encontraba más razones para decir no, no me sentía por ello en el caso en que me hubiera sido posible decir "sí". Curiosa posición, de quien estima ser efectivamente aquél a quien corresponde la respuesta, pero que no puede articular más que un rehusar, hasta el punto en que, el rehusar puro y simple no siendo ya posible, el acuerdo resta impracticable. Yo no hubiera podido decir "sí" (el análisis está terminado) mas que a condición de no jugar más el juego de la transferencia, en un momento en que, por otra parte, todo me advertía que esta estaba en su culmine. En absoluto. La cosa era a mis ojos tan clara técnicamente como oscura en teoría : por que el analista era puesto fuera de juego (ese era efectivamente mi sentimiento) en el momento de pronunciarse afirmativamente sobre ese punto crucial ? Una lectura — muy orientada, ciertamente — del Ricardo II de Shakespeare debía, al cabo de un cierto tiempo, aportar alguna luz sobre esta zona de franqueamiento.

2. Un tartamudeo fatal

Ricardo II es en primer lugar una historia real : hijo del Príncipe negro, nacido en 1367 en Bordeaux, Ricardo es, con apenas diez años, rey de Inglaterra. Tras una breve regencia, gobierna a despecho del buen sentido, se aliena la mayor parte de la población a través de impuestos excesivamente pesados, pone en su contra a la nobleza y al Parlamento por una política arbitraria y brutal, y se lanza, en fin, a guerras costosas e infructuosas. De retorno de una campana militar en Irlanda, en 1399, debe abdicar en favor de su primo Henri de Lancastre, y muere un año más tarde con solamente 32 años. De este drama, bien conocido por los ingleses, Shakespeare debía extraer su obra mas política en lo que pone en escena el drama subjetivo que puede representar, en alguien investido de una función sacramental intransmisible por la sola voluntad de su detentor, el acto de separación de su cuerpo mortal y de su cuerpo real (volveremos un poco más tarde sobre esta distinción crucial entre estos dos "cuerpos").

Pasaré rápidamente sobre los numerosos lineamientos de esta pieza compleja, para no acentuar mas que algunos intercambios de réplicas, decisivas en mi opinion para lo que nos ocupa aquí. El asunto comienza en tanto que la situación política no puede ser más clara : de aquí en más, todos los apoyos del poder — nobleza, clero, pueblo, ejercito — faltan a Ricardo quien sabe pertinentemente no estar ya en condiciones de mantener su posición real. Su primo Bolingbroke (Henri de Lancastre) regresa entonces triunfador del exilio al cual Ricardo lo había condenado anteriormente : y a nadie escapa que es él quien va a suceder como rey a este Ricardo a quien ninguna fuerza política sostiene ya. Insistamos : la situación política es límpida para Ricardo mismo, y éste no intriga para engañar al destino y mantener cuestas lo que cueste su puño sobre el reine. Tan penetrado como este de su morgue real, él sabe que ha cumplido su tiempo en lo que toca a la detención del poder supremo. Es en ese momento que llega Bolingbroke, flanqueado por el sombrío Northumberland.

Tras haber sido el aplicado servidor de Ricardo, es el quien ha organizado el triunfo de Bolingbroke, a quien le está ahora entregado en cuerpo y alma (puesto que tal es el destino de las traidores). Y este Northumberland tiene su pequeña idea sobre la transmisión de la carga real de Ricardo a Henri : habiendo preparado una lista de las fechorías del rey Ricardo (y hay lugar para imaginarla veraz, escrupulosa y larga), exige que éste último le de lectura frente a una asamblea representativa del reino, reconociendo por el mismo movimiento su ineptitud para una tal carga. Es la voz de la racionalidad moderna la que habla aquí : a un *mal poder* que se reconoce públicamente como tal sucedería — en toda legitimidad racional con respecta a lo que se llamará mas tarde el "*Welfare State*" — un *buen poder*, o sea, con toda evidencia, el muy prometedor Henri (Bolingbroke). He ahí entonces nuestros tres personajes reunidos ahora en la actualidad de una escena, y Northumberland presiona nuevamente a Ricardo quien se sustrae primero espiritualmente (hace casi tantos juegos de palabras como Hamlet), cuando de

repente Bolingbroke se interpone para lanzar a aquél a quien tiene aún manifiestamente por el rey la pregunta decisiva, su pregunta :

Are you contented to resign the crown ?

"¿ Consentis en renunciar a la corona ?¹"

Para él tampoco, para él en primer lugar, el estado de la relación de fuerzas no es suficiente para zanjar una tal cuestión, ya que el no entiende ser el simple autor de un putsch. Es un ambicioso : quiere devenir un rey legitimo. Le es necesario entonces que una transmisión efectiva tenga lugar, y que en consecuencia Ricardo, por su propia y plena voluntad, le entregue la corona.

Y es allí que el genio de Shakespeare da toda su medida. Para apreciarlo directamente, basta saber que en el inglés de esa epoca, "sí" (*yes*) se dice comunmente "Ay". De ahí en más, la homofonía puede desplegar imparablemente sus efectos, y Ricardo responder :

Ay, no; no ay, for I must nothing be

Therefore no "no", for I resign to thee...

"Sí, no; no,sí; pues no debo ser nada

Y sin embargo, no "no", pues la renuncio en tí²"

El "sí" que Bolingbroke busca, y el "yo" que podría proferirlo repentinamente se equivalen por la homofonía y en la evidencia según la cual ellos deben, ambos, "no ser nada". Puesto que si "yo" es el rey, en nombre de qué presunción se atreve Bolingbroke a plantear tan impía pregunta ? ¿ Mas si por el contrario "yo" no es, no es más el rey, qué es entonces lo que este mismo Bolingbroke viene a preguntar, y a quién ? Imposible encuentro, imposible intercambio entre el *aún-no* y el *ya-no-más*.

La segunda línea viene a subrayar que no se trata para Ricardo de quedar en la indecisión a este respecta. En lo que toca a saber que hacer, él lo sabe. Pero esto no le permite por lo mismo de responder sencillamente a la pregunta de Bolingbroke por un "sí" simple y masivo. El "sí" es inarticulable por aquel mismo que es el único que puede proferirlo, y justamente porque la pregunta decisiva le es planteada, ella también, por quien corresponde. Supongamos en efecto que la misma pregunta ("*Are you contented to resign the crown ?*") hubiera sido lanzada por un confidente o un confesor cualquiera : entonces sí, Ricardo hubiera podido, ya sin tartamudear, ir hasta la saciedad de sus humores en esta peligrosa situación. Pero tal no es el caso. Por el hecho mismo que la pregunta viene de Bolingbroke, una

1. W. Shakespeare, *Obras completas*, Vol. I, Aguilar (Trad. Astrana Marin), p. 432.

2. *Ibid.*

respuesta claramente afirmativa signaría el acto de dimisión y haría por lo tanto transmisión. Y Ricardo — tampoco se rehusa a un tal acto, se lo ve bien con este "*Therefore no "no"*" — sino que efectúa la demostración pasmosa de su imposibilidad enunciativa.

Ocurre que uno se sienta llevado a alguna gratitud respecta a Shakespeare, de que haya sabido despejar con tal maestría las aristas más agudas de cierta realidad humana. Evidentemente el contexto político en el cual se movía le facilitaba la tarea a este respecta : cuando el rey es concebido no como un individuo que posee la corona, provisto de una función que le incumbiría por añadidura, sino como siendo esta corona que ha recibido al mismo tiempo que la vida, es claro que la pregunta "¿ Consentis en abdicar ?" se escucha en el instante como : "¿ Consentis a no ser mas 'Yo' ?" Ricardo es rey de nacimiento ; si el no es más rey, literalmente no es mas nada, en todo caso no el individuo x que habría ocupado, durante un tiempo, el cargo real y se consagraría en adelante a sus ocupaciones de pequeño jubilado.

El espacio de después de la función real es para Ricardo un inmediato *no man's land*, y es uno de los muchos intereses de esta obra el mostrárnoslo no haciendo coincidir la imposible abdicación y la muerte. Ricardo no es un César que dejaría de un solo golpe de cuchillo el cargo supremo y la vida; se ve obligado a un episodio de supervivencia que ya no tiene gran caso de humano, hasta tal punto es verdad que la sola pregunta de Bolingbroke (tanto como el poder real de este último) lo ha privado del único "Yo" que jamás haya conocido y practicado, el "Yo" real.

A partir de este traspie fatal, su degradación sera extremadamente rápida : en tanto que Northumberland lo interpela de nuevo, "*My lord...*", para que finalmente vaya a leer la famosa lista, Ricardo lo apostrofa :

Yo no soy tu señor, hombre insolente y altanero, ni el señor de nadie. Yo no tengo nombre ni título, no, ni aún aquél que me dieron en las fuentes bautismales, sino que ha sido usurpado. Ay, día de aflicción ! Que hayan transcurrido tantos inviernos y no saber ahora con que nombre llamarme !

He aquí entonces que después del "Yo", es el nombre mismo que se desvanece. Y el cuerpo, a su vez, viene inmediatamente sobre el banquillo :

Oh ! Que no fuera un irrisorio rey de nieve, expuesto como estoy al sol de Bolingbroke, para fundirme en gotas de agua !³

Y es entonces que solicita... un espejo, en tanto que único capaz de ofrecerle la verdadera lista de sus fechorías. Pero ahí también la vigilancia de Shakespeare se muestra sin falla : justo antes de reclamar este espejo a Bolingbroke, Ricardo comienza por decir : "*If my*

³. *Ibid.*, p. 433.

word be sterling yet in England... — "si mi palabra posee todavía algun valor en Inglaterra..." Y en efecto, ese es el problema : a quien estima no tener ya el goce apacible y permanente de este "Yo" del cual usamos todos sin vergüenza, le es permitido el preguntarse si "su palabra posee todavía algun valor". Pero al fin Bolingbroke, alejando esta vez claramente al siempre apremiante Northumberland, hace traer el espejo, y Ricardo puede entonces precipitar por si mismo su naufragio :

No son mas profundas mis arrugas? (...) Oh espejo adulator! Me engañas, semejante a mis favoritos en la prosperidad (...) Este fue el rostro que arrojó tantas locuras y al final ha sido arrojado (out-faced) por Bolingbroke ? Una gloria frágil brilla sobre este rostro, tan frágil como la gloria del espejo. (Rompiendo el espejo contra el suelo) Helo ahí, roto en cien pedazos !⁴

Esta vez es la imagen especular la que estalla, en efecto : sin "Yo" , sin nombre, sin rostro — solamente un cuerpo de más, he ahí todo lo que le resta a Ricardo por haber sabido reconocer que no podía decirle simplemente "sí" a Bolingbroke. Y no lo podía no por un movimiento de arrogancia narcisista, sino porque ya no existía el menor espacio enunciativo del cual articular ese "sí", tan evidente por otra parte en relación al orden del mundo.

Ya no le queda más que dirigir una ultima demanda a Bolingbroke, y ésta se refiere en efecto a este cuerpo de mas : *Then, give me leave to go* — "Pues dadme permise para irme". Sobre lo cual Shakespeare le hace lanzar su casi último juego de palabras haciéndole primero responder a Bolingbroke : *Go, some of you, convey him to the Tower*. Intraducible "*convey*", ya que este significa a la vez transportar, conducir ("conducidle a la Torre"), pero también, en lenguaje jurídico, hacer cesión de un bien, transmitirlo (un *conveyancer* es un notario especializado en la redacción de actas de transmisión de propiedad de donde, por un irresistible deslizamiento de sentido, la significación de ladrón hábil, falsario). Con lo cual Ricardo retoma el balón de rebote (ya que como Edipo en Colona, tan caído como éste, sabe aún lo que quiere decir hablar) :

Oh, Good ! conveyers are you all

Ah, bien ! ¿ conducirme ? Todos sois unos conductores (falsarios) que rápidamente os habéis elevado por la caída de un rey legítimo (by a true king's fall)⁵

Ya está. Ricardo puede salir de escena. Volverá el tiempo justo de desellar el otro vinculo sagrado, el del matrimonio que lo une a su mujer (que el prudente Northumberland se ha encargado de exiliar a Francia). Después, luego de una última tirada — en si misma un gran

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*, p. 434. (Version corregida. Hacemos notar que Astrana Marin traduce "Oh Dios" (God) que sin duda se trata de un error, ya que la version inglesa es inequivoca : "O, Good" (Ah, bien !). (N. del T.)

momento de teatro — Ricardo sera muerto en una suerte de riña por uno de los fieles de Bolingbroke, Exton, quien concluye : "Voy a llevar el rey muerto al rey vivo⁶". El cuerpo de más ha terminado por encontrar el lugar que le corresponde desde siempre : el del sudario. Todo está en orden. Gracias a la imposibilidad enunciativa que, desde su tartamudeante confesión, ha instalado su falla en el corazón del "verdadero rey", la transmisión habrá tenido lugar. El nuevo rey, el "rey viviente", no tiene mas que comportarse bien — el ejército de los Northumberland velará.

3. Los dos cuerpos del Rey

Me es necesario ahora hacer recaer la tensión dramática tan maravillosamente agenciada por Shakespeare ya que, a despecho del hecho que el marco del análisis no es menos artificial que la escena de teatro, la ausencia de otro público que los protagonistas mismos nos ubica en otras condiciones. Si me interesa al más alto nivel el tope enunciativo que encuentra Ricardo por el solo hecho de la pregunta de Bolingbroke (pero que camino habran debido recorrer el uno como el otro para que una tal pregunta llegue a formularse !), es fuera de todo pathos que quisiera ahora considerarlo : mas bien en su lógica interna.

El imposible "sí" de Ricardo a Bolingbroke se sostiene de la naturaleza de su relación a la cosa real : es un lazo sagrado, no le está por lo tanto dado de usar de el como de un bien venal del cual uno podría hacerse y deshacerse, al capricho de sus humores o bajo la presión de circunstancias externas.

Pero de mantenernos ahí, no se vería verdaderamente que relación puede solamente imaginarse entre un Ricardo obligado a la abdicación y un analista invitado no menos firmemente (supongámoslo) a soltar las riendas de la transferencia. Me atrevo a creer en efecto que ningún analista llega a pensar que lo es por derecho divine, vicario de no se que inconsciente trascendencia. Y por lo tanto, para captar alguna pertinencia en esta aproximación que efectuo aquí, es necesario introducirse más adelante en lo que hace el verdadero drama de Ricardo : ciertamente, la coronación es un sacramento, pero esta dimension — con la cual Shakespeare sabe jugar muy bien en la ocasión — es más que discreta en la obra.

No : el drama de Ricardo es que en tanto que rey, tiene dos cuerpos⁷, y que la pregunta de Bolingbroke viene, como un escalpelo, a hacer una separación entre ellos : ella apunta

⁶. *Ibid.*, p. 444.

⁷. Sobre esta cuestión, la obra que ha abierto las investigaciones es la de E. Kantorowicz, *Les deux corps du Roi*, Gallimard, Bibliothèque des histoires, Paris, 1989. Para quien quiera aventurarse en el apasionante dédale de la continuidad de la corona francesa a través de las ceremoniales de las obsequias de los reyes de Francia, ver Ralph R. Giesey, *Le Roi ne meurt jamais*, Paris, Flammarion

exactamente a que uno de los dos cuerpos diga que no está más unido al otro, y este es lo que no se puede. Para entenderlo, debemos aventurarnos un poco en esta teoría teológica-jurídica, bastante extravagante y exótica para nosotros, pero que en la época de Shakespeare era perfectamente aceptada y tan banal como, por ejemplo hoy, la astronómica y abracadabrante teoría del *Big Bang*.

El rey tiene dos cuerpos : uno que nace y muere, tal vez enferma o loco ; el otro que, por el contrario, ni nace ni muere, así como tampoco conoce la enfermedad o la locura. Tenemos, desgraciadamente, una forma muy moderna de dejar escapar el asunto comprendiendo con nuestro galope mental de ciudadanos de un estado tutelar : nosotros pensamos (incluso sin "pensar" propiamente hablando) que existen por un lado "funciones" (como "Presidente de la República", por ejemplo) que poseen al menos una especie de atemporalidad, y por el otro individuos x las cuales, al término de ciertos procedimientos pre-establecidos, vienen a ocuparlas durante un tiempo y. Nada de eso con la teoría de los dos cuerpos del rey, aunque mas no sea por la siguiente razón : ella se forjó a todo lo largo de la Edad Media, en una época en la que el estado estaba lejos de estar institucionalizado como lo está para nosotros hoy, a saber, como unificando todas las funciones que articula en su seno. Por el contrario, en el medioevo inglés, durante el cual el estado moderno ciertamente comienza a organizarse, la persona del rey es bastante más "unificante" de lo que era entonces la "corona" (o el "reino") que la acompaña y de la cual tiene el cargo.

La dificultad concerniente a esta persona real es de orden estrictamente jurídico (y, de hecho, son efectivamente los juristas ingleses quienes han lentamente, difícilmente, elaborado esta teoría de los dos cuerpos del rey entre los siglos XII y XVI) : ¿ como dar cuenta de la transmisión de los bienes de la corona, no solamente al interior de una misma dinastía (que posee sus propias reglas de transmisión), sino también entre dinastías diferentes ? Esta dificultad era de importancia ya que, en esos tiempos de feudalismo, a cada cambio de rey (intra o extra dinástico) una retahíla de procesos eran emprendidos por todos los señores feudales que podían entonces estimar que tal bien no era más que una propiedad personal del rey difunto y convenía por lo tanto que, muerto este, este bien regresara a aquel a quien este rey, en vida, le había quitado. Sobre lo cual, por supuesto, el nuevo rey lanzaba sus propios juristas para probar que no, que todo aquello le correspondía por su preocupación de mantener la integridad de la corona, del reino.

Así entonces, las juristas ingleses llegaron a definir la corona (con todos sus bienes de toda naturaleza) como cualquier obispado o la Iglesia entera, a saber, como siendo

1990. Finalmente, para una antropología seria de los problemas de linaje de los capetos, leer Andrew W. Lewis, *Le sang royal*, Paris , Gallimard, 1986.

jurídicamente un *menor*; pero un menor de un género bastante especial, puesto que está por principio excluido que alcance jamás una mayoría cualquiera, una especie de menor eterno.

Mediante lo cual necesitaba un *curador*, alguien quien, siempre jurídicamente, tiene a su cargo los bienes del mencionado menor, puede eventualmente hacerlos fructificar, pero se arriesga a severas sanciones si, al final de su mandato, los bienes en cuestión han disminuido tan poco como sea (todo este continua siendo perfectamente válido en nuestros días). Este curador era por supuesto el rey, semejante en este al Papa, también el curador de larga data de esta menor eterna (mas oh! cuán rica en esa época) que era la Iglesia. De ahí en más, el problema jurídico estaba al menos circunscrito: la corona gozaba, en tanto menor, de una especie de intemporalidad⁸, y no quedaba mas que explicar como se sucedían los curadores ya que, si estos eran considerados adultos y sanos de espíritu, les estaba plenamente reconocida la facultad de envejecer, enfermar y morir. Es entonces que a través de mil aproximaciones con la burbujeante teología medieval, los juristas ingleses llegaron a construir esta noción inédita, que me interesa al mas alto grado en este largo y tenebroso asunto: el rey en tanto curador de la corona debe ser reconocido como el único representante viviente de una *corporación unitaria*.

¿Kekosaesesa? habría podido escribir Raymond Queneau. Es en primer lugar una corporación — en el sentido medieval del termino, es decir la reunión de una pluralidad de individuos (humanos o bienes jurídicos diversos, aquí poco importa) en una unidad reconocible jurídicamente. Un poco nuestras (demasiado modernas) "asociaciones". Así las ciudades francas, los oficios, reunían sus miembros en "corporaciones", unidades jurídicas extendidas tanto en el espacio como en el tiempo. El ducado de Lancastre, por ejemplo, por no abandonar demasiado pronto esta bella familia, fue transformado al final de innumerables chicanas politico-jurídicas en la corporación "DUCADO DE LANCASTRE": sus bienes muebles e inmuebles, las humanos que la componían, todos podían nacer, alterarse y desaparecer, la corporación "DUCADO DE LANCASTRE" no quedaba menos idéntica a sí misma, siempre desde el punto de vista jurídico. Este tipo de corporación no era, por si sola, una novedad: los romanos habían conocido eso. Pero por el contrario, como lo proclamó orgullosamente el jurista inglés Blackstone, esta noción general de corporación "ha sido considerablemente refinada y mejorada por el genio habitual de la nación inglesa, y este por la vía de las corporaciones unitarias, consistentes en una persona solamente, de la cual los Romanos no tenían ninguna idea."⁹

⁸. De hecho: un tiempo lineal, que posee un presente pero no un comienzo ni un fin, correspondiendo por lo tanto exactamente a esta nueva dimensión del tiempo introducida en la Edad Media entre *aeternitas* y *tempus*: el *aevum*. Sobre este tema, ver los excelentes comentarios de E. Kantorowicz, *op. cit.*, pp. 202-208.

⁹. E. Kantorowicz, *op. cit.*, p. 325.

Nada zonzos estes Romanos ! Ya que si es relativamente fácil de captar lo que quiere decir "corporación unitaria" : una corporación compuesta, en todo instante, de una sola persona (así como nosotros creemos comprender lo que es una clase de un solo elemento), es mas arduo el comprender a qué puede servir una tal noción. En resumidas cuentas, es una reunión sobre el solo eje del tiempo : en esta corporación, las curadores reales se suceden en fila india, de tal suerte que si, en el tiempo presente, no hay nunca más que uno, con la corporación nos hemos dado de una sola vez todos las reyes pasados, presente¹⁰ y por venir. A cualquier dinastía que pertenezca, tan imprevisible como sea el sobrevenir de tal y tal, una vez rey, sera miembro de la misma corporación. Era lo que hay que demostrar : por el acto jurídico que funda la corporación unitaria real es fundada la función "Rey de ...", quedando entendido que esta función¹¹ no denotará mas que un término a la vez.

Apenas postulada la cosa con alguna claridad sobre el plano jurídico (y por lo tanto simbólico), lo imaginario ha venido a llenar su función presentando una figura mítica — pero ejemplar al más alto grado de lo que puede ser esta intrigante corporación unitaria : el fénix. ¿ Se ha visto jamás a dos fénix calentándose el uno contra el otro al sol del atardecer ? No ! No mas que dos Papas rezando juntos en la misma iglesia. Reyes, Papas, obispos, fénix, todos se suceden en la soledad temporal, con esta ventaja considerable para el último de la serie que en el se concentran el individuo y la especie.

Este fénix también tiene dos cuerpos : su cuerpo de individuo (el enésimo del linaje) — cuerpo que se estimaba duraba alrededor de quinientos años — pero al acercarse el final, prendiendo fuego a su nido y atizando todo con sus propias alas, este cuerpo individual se hundía en la hoguera para dar nacimiento a un otro cuerpo. La comparación regular del rey y del fénix por otra parte, no se convirtio en canonica mas que a partir de esta teoria de las dos cuerpos del rey. Como el fénix en efecto, el rey es por si mismo el individuo y la especie, puesto que se lo tiene por el único representante de una corporación unitaria en lo que se desgranar alter egos que no encontrará jamás, a riesgo de poner gravemente en peligro la corporación unitaria misma.

4. Las dos caras de la transferencia

Para ir directe al grano, yo pretendo que el analista está en una posición fundamentalmente idéntica : siempre único miembro de una corporación unitaria. Se me objetara de inmediato, imagino, la pululación, la actual abundancia de analistas de todo tipo, uniéndose, separándose... pero lo mantengo : más que la apelación lanzada por Lacan (quien la retoma de Paul Valéry) de "profesión delirante" en lo que cada uno iría diciendo : "No hay

¹⁰. Nada de "s" aquí, puesto que no hablo de la colectividad de reyes de todos los países, sino precisamente de los reyes curadores de la misma corona.

¹¹. En el sentido fregeano del término, cf. *infra*: 5; *El individuo y su función*.

mas que yo, yo, yo..." mientras una pequeña voz le susurraría : "Pero hay también por lo menos tres otros : Fulano, Mengano y Zutano...", más que este sentimiento de unicidad basado únicamente sobre la exasperación narcisística y la eliminación imaginaria del otro, propongo considerar, gracias a esta noción de corporación unitaria, que el analista tiene dos cuerpos. Esta afirmación no busca imponerse como una aseveración ontológica (uf !), sino como una hipótesis heurística (ah !) Pero entonces : de donde podría detener una tan singular propiedad ?

Seguramente de nacimiento, quiero decir : desde su puesta en función, a partir del momento en que recibió la imposición de una transferencia y no habrá buscado poner pies en polvorosa, sino por el contrario a tomar la medida del fenómeno del cual es objeto. Al principio por lo tanto, admitámoslo, está la transferencia al menos por ello que alguien, en lo que sigue denominado "analista" haya sabido acusar recepción... y esperar la continuación. Hélo ahí entonces prestándose al juego de la transferencia, aceptando ocupar el lugar del semblante dirá Lacan, sosteniendo de su presencia, en su silencio relativo y en su no-respuesta, una fantasmagoría discreta o desenfrenada que constituirá el eje de la cura — y por este hecho estará en el corazón de la cuestión sobre su conclusión.

Si existe una dificultad técnica en la conducción de una cura, ésta parece estar ahí, bastante más que al nivel de las interpretaciones¹² : como hacer, en la singularidad evidente de cada cura, para dar todo su lugar a la transferencia ? Es frente a una tal cuestión — lo supongo al menos — que Lacan enunció su provocador : "No hay otra resistencia al análisis sino la del analista mismo¹³". Ahora bien, no es muy difícil de descubrir que esta resistencia del analista a ofrecerse al juego de la transferencia se efectúa según dos vías en apariencia completamente opuestas, pero terriblemente unidas de hecho.

En la una, el analista, puede decirse "se cree" : no logra no tomarse por ese analista que su paciente le dice ser. Ese decir es por otra parte bastante a menudo de una notable pertinencia, a veces reforzada en nuestros días por los desbordes de un estilo que incita al analista a ponerse más que a sus anchas con el marco de la cura. Existen así formas de responder "Presente" al llamado de la transferencia que, lejos de permitir el despliegue, intimidan y, de este modo, quedan en una connivencia con la represión bastante difícil de cuestionar en lo sucesivo.

La otra tendencia es la del rechazo directo : brutal, divertido, frío, ininteligible, profesional, interpretativo, posee mil rostros. Ha sido incluso santificado teóricamente por Maurice Bouvet y su noción de "buena distancia" de la transferencia : el analista es concebido como pudiendo hacer la diferencia entre lo que el paciente dice de él y lo que él es, él, "en realidad". Armado

¹². Esta es la opinión de Freud ya desde el comienzo de "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia"

¹³. J. Lacan, "La dirección de la cura", *Escritos* Vol.2., Siglo XXI editores, México 1984, p. 575.

con el conocimiento de esa distancia, puede entonces conducir al paciente de su ceguera (debida a sus proyecciones libidinales) a una percepción mas o menos clara de la dicha "realidad" del analista, despejada del lastre de esas proyecciones que introducen distorsiones patológicas. La severa crítica de Lacan a este respecto permanece incontestable para nosotros : el analista, ciertamente, puede saber lo que se dice de él, pero por lo que es de saber lo que él es — así hubiera gozado de un análisis didáctico largo y penetrante — no está en absoluto mejor dotado que otros si el narcisismo es efectivamente, fundamentalmente, una función de desconocimiento.

Denunciar cada una de estas tendencias en sus excesos singulares no nos llevaría lejos sin embargo, ya que éstas no son más que dos respuestas elementales a la naturaleza bífida de la transferencia tal como Freud mismo la señaló desde "Recordar, repetir, reelaborar". Contrariamente a la reelaboración directa que podía ofrecer la técnica hipnótica, la cura analítica y su regla fundamental conocen rápidamente obstáculos aparentes a la rememoración, a partir de los cuales Freud va a postular que lo que no es rememorado es precisamente lo que se pone en acto en la transferencia. Esta es entonces concebida como *Agieren*, puesta en acto de aquello que le escapa, por el hecho de la fuerza de la represión, a la rememoración. Como hacer entonces con este molesto *Agieren* ?

El trabajo terapéutico, escribe Freud, que en buena parte consiste en la reconducción al pasado¹⁴.

Y aún más claramente :

<El analista> si consigue tramitar mediante el trabajo del recuerdo algo que el paciente preferiría descargar por medio de una acción, la celebra como un triunfo de la cura¹⁵.

Lo que el paciente presenta como ligado a la actualidad de la situación analítica es a considerar como un elemento del pasado que la repetición y la represión han cortado de su verdadera proveniencia. La actitud del analista-Freud es correcta entonces de rechazar esta actualidad — tan diversamente como se module ese rechazo — no viendo en ella más que una astucia de la represión. Hasta ahí Bouvet tiene razón, y se puede convenir, como Freud lo escribe explícitamente, que "una gran parte" del trabajo con la transferencia consiste en eso. "Una gran parte" : no todo. Este elemento clave del trabajo analítico conoce su propio límite interno, el cual no escapó a Freud cuando este escribió sus "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia". El amor que se declara — cuando se declara — debe ser considerado como pura puesta en acto de lo que se rehusa a la rememoración o por algo actual, fundado en la situación misma de la cura ? Los cinco primeros sextos del texto en cuestión detallan hasta qué

14. S. Freud, "Recordar, repetir y reelaborar", *Obras completas*, Vol. 12, Amorrortu Editores, p. 153.

15. *Ibid.*, p, 155.

punto este amor está dictado por la resistencia al tratamiento, y extrae de lo más profundo de la neurosis infantil sus exigencias de realización. Bouvet sigue teniendo razón : el analista debe atenerse al "Yo no soy el que usted cree¹⁶", él se rehusa. Pero este no es, para Freud, el punto final. Designando esta enamoración como "no real" hemos, concede Freud, dicho la verdad a la paciente, *aber doch nicht die ganze*, "pero no toda no obstante", ya que este enamoramiento de transferencia presenta, en el fondo, las mismas características que todo enamoramiento, aún si un poco más marcada en su dependencia del modelo infantil. Estas restricciones, reconoce, no son "ni todo ni lo esencial".

Resumamos entonces : No hay ningún derecho a negar el carácter de amor "genuino" al enamoramiento que sobreviene dentro del tratamiento analítico (*einer "echten" liebe*)¹⁷.

Hay efectivamente — e incluso más allá de esta problemática particular del amor de transferencia — de lo actual en la cura, el analista no está ahí solamente en tanto que efigie de tiempos antiguos, sino en cuerpo, implicado "verdaderamente¹⁸". Así entonces, en la ocasión, estará justificado en creerse, así como estará justificado en no creerse, a rehusarse a esta actualidad. Habrá que, desesperando de la causa, considerarlo como atrapado en un juego de "cache-tampon" ¹⁹ al revés, diciendo más a menudo "Ahí no estoy" (*te quemas*), y ocasionalmente : "Aquí estoy" (*te congelas*) ? Un especialista del doble "yo"?

5. El individuo y su función

Un pequeño retorno aquí a los héroes de Shakespeare, de preferencia reales : sin esperar a esta descomposición espectral de Ricardo II, un Henri V, un Lear, no dejan de llegar hasta el frente de la escena para decir el desgarramiento de ser rey, el desgarramiento que es para un humano el sostener una función. Y es siempre, para el espectador, el momento de una identificación furiosa a este héroe atrapado en lo vivo de su desfallecimiento íntimo frente a esta pregunta : Qué relación mantiene un individuo con su función ? — Parece que la cosa no se devela plenamente mas que si se infla la dicha función a alguna majestad. Y no obstante, es solamente con las pincetas lógicas que vamos a retomar ahora la cuestión.

¹⁶. Esto no implica que tenga que decir una semejante enormidad, pero una posición enunciativa no siempre tiene necesidad de declararse tan abiertamente para ser sostenida.

¹⁷. S. Freud, "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia", *Obras completas* Vol. 12, Amorrortu editores, p. 171.

¹⁸. Como Lacan lo ha acentuado en múltiples ocasiones; aquí, cf. "La transferencia", comienzo de la sesión del 31 de mayo de 1961.

¹⁹. Juego consistente en esconder un objeto, el cual debe ser hallado por aproximación con la ayuda de expresiones "térmicas" : frío, tobio, caliente, etc. hasta "te quemas" cuando se lo halla.

Una función — en el sentido fregeano del término — tiene ejemplarmente la forma : "Rey de...²⁰", es decir una escritura que posee una cierta sintaxis, legible por lo tanto, pero que, antes que nada, exhibe un lugar vacío. Mientras este lugar permanece vacío, la función no designa nada y no significa gran cosa. Ella está, constitutivamente, a la espera del objeto que le dará, de un solo golpe, *Sinn* y *Bedeutung*, sentido y denotación. Y cuál es entonces ese objeto ? Dónde encontrarlo ? Su definición — la única definición que da Frege — es de una generalidad que da miedo : "Un objeto es todo aquello que no es función, es aquello cuya expresión no comporta ningún lugar vacío."²¹ No nos dejemos intimidar sin embargo y sigamos la guía de utilización : ubiquemos un objeto de nuestra elección en el lugar vacío de la función. Sea entonces : "Rey de la Luna" — Eso no produce mucho efecto ! Ni en sentido ni en denotación, no tengo la impresión de haber avanzado mucho. Sino de haber descubierto que no es quizás del todo cualquier objeto que había que poner en el lugar vacío, como me invitaba generosamente la guía de utilización. Si, decididamente más vale elegir nombres de lugares que hayan tenido reyes. "Rey de Inglaterra" : Perfecto ! Esto funciona ! Siento perfectamente lo que esto significa, e incluso lo que denota²². Me arriesgo aún : "Rey de la Patagonia" : sigue siendo bueno. Entonces, ¿ "Rey del Océano Atlántico" ? Plouf !

Y descubro así, a través del laborioso método de aciertos y errores, que esta tonta función, apenas puesta sobre el papel con su pequeño lugar vacío, recorta en este mundo infinito de objetos que parecían a mi alcance un subconjunto bastante vago (el "rey de los imbéciles" forma parte de él ? Mas bien sí !), pero muy restringido. Y mejor aún : este lugar vacío en el que más que un mundo estaba dispuesto a precipitarse se revela como no ofreciendo nunca más lugar que para un solo objeto a la vez²³. He ahí entonces que la más modesta función posee, ella también, un cuerpo corporativo, ya que estos objetos aptos a satisfacerla se aislan y se reagrupan en lo que Frege llamó muy pronto le *Wertverlauf*, el "recorrido de valores" de la función. Apenas se plantea una función digna de ese nombre que — blip, blop — una formidable división se ha operado en el universo de los objetos pasados, presentes y por venir, reuniendo en una clase un conjunto de objetos, más que heteróclitos quizás, pero donde cada uno posee esta cualidad de poder "satisfacer a" la función : puesto en el lugar vacío, éste hará producir a la función un sentido y una denotación, una nueva serie de objetos formando clase, desarrollando este famoso "recorrido de valores".

²⁰. El ejemplo dado por Frege en "Fonction et concept", in *Ecrits logiques et philosophiques*, Le Seuil, Paris, 1971, p.

²¹. *Ibid.*, p. 92.

²². Y todavía ! Sería necesario, para que este denote verdaderamente, que no olvido el mencionar una referencia temporal, sino no hago mas que designar el cuerpo corporative en su conjunto, dicho de otra manera ningún individuo. La cosa por supuesto no había escapado a Frege, cf. *Ecrits logiques et philosophiques*, op. cit., p. 161.

²³. No dejarse abusar, aquí, por expresiones como "Rey de Francia y de Navarra". Este último era "Rey de Francia" y "Rey de Navarra". El lo sabía, por otra parte, ya que durante un tiempo los hábitos de ceremonia del uno no eran aquellos del otro.

La corporación unitaria es una máquina del mismo tipo que una función fregeana, con esta limitación suplementaria²⁴: siendo aceptado que un solo x puede venir en el lugar vacío, si lo satisface, este no producirá en todo momento mas que un y , y no entonces a título de individuo, sino a título de una clase que no posee más que un solo elemento (lo que se llama también un singleton). Con este último punto, la corporación unitaria de los dos cuerpos del rey anticipa una verdadera "ley de bronce" de la lógica de clases: si está siempre permitido el descomponer una clase en sus eventuales subclases, no está nunca permitido el "romper" la clase de un elemento para echarle mano. Se puede por lo tanto siempre descomponer una clase de x elementos en y clases de un elemento, pero no se pasara del mismo paso de cada una de estas y -clases (llamadas "clases unitarias") al elemento que le pertenece.

Así podemos comprender la especie de error que yo imputaba precedentemente a nuestra prisa natural de "ciudadano de un estado tutelar": creer que un individuo y es denotado por la función F completada de su argumento x (por ejemplo que el individuo "François Mitterand" denota "El cuarto Presidente de la Quinta República Francesa"). En nuestros tiempos estatales y post-revolucionarios, se puede quizás permitirse el ver las cosas bajo este ángulo²⁵; pero Ricardo II, en cuanto a él, no podía tomarse por el individuo Ricardo perteneciente a la clase "Rey de Inglaterra", tomando después sus distancias respecta de esta clase. El no podía ser — en razon misma de la teoría de los dos cuerpos del Rey — más que la clase "Rey de Inglaterra", ésta no comprendiendo nunca mas que un solo individuo: él en el tiempo t_1 , Bolingbroke en el tiempo t_2 . El es entonces irreductiblemente doble — y lo sabe: clase de un elemento, y este elemento. Corporación unitaria, y único miembro "actual" de esta corporación. Ahí está el drama, que se enuncia bastante mejor delante de una escena que en la penumbra de un confesionario, puesto que él no busca tanto el ponerse del lado de la divinidad; él no quiere más que dirigirse a todos diciendo: "En mi clase unitaria, estoy solo, y de ella no salgo". Y cada uno de nosotros de responderle en su pecho, *in petto*: "yo también; yo tampoco".

6. El impetuoso in petto final

Esta silenciosa adhesión a la endecha del individuo aislado en su clase unitaria hace muchedumbre. Diferente en este del grupo — y más aún de la manada — la masa protege la

²⁴. Que Frege podía fingir ignorar ya que, como buen lógico, el tiempo le importa poco, salvo a título de una variable especificable, *cf. supra*, nota 21.

²⁵. Ya que nosotros creemos saber — excusen lo poco — lo que quiere decir "pertenecer a", dicho de otra manera lo que hace el vinculo del individuo a su clase unitaria, y por allí mismo a todas sus "puestas en clases" ulteriores.

soledad de cada uno que la compone, y su héroe es mas bien un prisionero²⁶. Queda por saber por qué — en función de lo que precede estimo que el analista releva en este lugar de una lógica pre-estatal²⁷, de esta lógica de la cual sufría Ricardo II, la cual se muestra incapaz de explicar el vinculo entre el individuo y la clase unitaria, aquella que no tiene mas que a este individuo por elemento. Es sobre una base lógica — y no pato-lógica — que aproximo al analista en un cierto momento conclusivo de una cura, y Ricardo II frente a la pregunta de Bolingbroke.

No hay más analista — he propuesto — que al soportar su puesta en función como tal en una transferencia. No imagino en este lugar una cualquiera operación de selección que, portando sobre un individuo, lo declararía capaz de soportar la dicha transferencia ; dejo este a las comisiones de didáctas (deben existir todavía) que se estiman apropiadas para saber que el individuo x posee efectivamente las rasgos que le permitirán satisfacer a la función "ANALISTA" (y por lo tanto de pertenecer a la clase "analista"; puesto que "satisfacer a", es "pertenecer"). Dejemos entonces el ser de este individuo allí en donde está, es decir fuera de nuestro alcance por el momento.

Imaginemos más bien que, una vez sí, otra no, no solamente que esta transferencia habrá sido sostenida, sino que su juego complejo habrá producido efectos localizables — sucede que tales cosas sucedan — y que el paciente se encuentre comprometido en la perspectiva de devenir analista. Qué es lo que descalifica al analista de opinar en la cura y fuera de la cura en forma afirmativa sobre ese punto ? Una crítica muy antigua viene a decir que en este caso, la transmisión será gravada por consideraciones fatalmente demasiado narcisistas, el impetrante aplicándose a parecerse al modelo (así como igualmente a desaparecer), el modelo por su parte mostrándose siempre más inquieto de lo que cree en asegurar su descendencia. Todo esto es bastante justo, y no obstante insuficiente en la medida en que el analista no posee ya, en mi opinion, de ningún lugar enunciativo del cual pudiera proferir un tal juicio.

Qué rigorismo, se dirá ! Es el mismo que se encuentra en función de analista el que, una vez la puerta cerrada, continua teniendo su pequeña idea sobre todo esto ! Por qué diablos estaría descalificado en ese momento crucial, en efecto, de la transmisión ? — Porque es

²⁶. Al contrario del héroe del grupo, quien es mas bien un hombre libre, reputado fuerte e independiente; aquél de la manada es por supuesto un lider.

²⁷. Este calificativo exigiría por si mismo largos desarrollos. Por el momento, simplemente esto: es a mis ojos un completo error el imaginar que el Estado tiene relación con individuos. Asi lo quisiera por media de cualquiera de sus agentes no lo podría. Este crisol, en la sucesivo inigualable de nuestra unidad no puede nunca tener relación más que con sus propios subproductos, es decir, con clases incluse si, a veces, estas no contienen mas que un solo individuo. La diferencia individuo/clase unitaria es aqui absolutamente decisiva — aunque más no fuera para comprender un poco las relaciones (la ausencia de relación) del analista como tal al poder del Estado. Para un análisis penetrante y riguroso de este aspecto particular de la relación estado-individuo, es de interés el adentrarse en la lectura del libro de Alain Badiou *L'être et l'événement*, (Paris, Seuil, 1988) hasta la Meditación 9, p. 124.

entonces alcanzado en él un punto de *mutismo* cuyo no respeto arriesga embrollar de repente todo el asunto.

Lo que hay en efecto de actual en la transferencia me parece poder ser reconducido a esto : el lazo que el individuo x (no puedo denotarlo de otra manera) mantiene con la función "ANALISTA" (función de la cual él es el único miembro en la situación en la que lo encontramos : en una transferencia). Tengo como prueba de esta situación el hecho que la curiosidad a veces extravagante que tiene (o retiene) a ciertos analizantes se ve sistemáticamente decepcionada cuando tal o tal particularidad del individuo x se devela. Esto puede comprenderse perfectamente al nivel de la dialéctica de la demanda de amor, pero devela también por el mismo movimiento que no es al individuo x al que se apunta ; nadie duda que él está modelado de la misma masa que el resto de la humanidad sufriente. Lo que es por el contrario el objeto evidente de esta curiosidad, es el lazo que este individuo x mantiene con esta función. ¿ Como lo hace ? ¿ Qué es lo que eso le hace ? ¿ Qué es lo que el hace ahí ? Ahora bien, este lazo ni se cede ni se comparte. Vivimos todos a ese respecto bajo el régimen de "A cada uno lo suyo" (y ningún Dios para todos ; nada para subsumir la diversidad de esos lazos singulares).

Este punto es decisivo en lógica : cualquier término singular puede ser reconducido a una clase unitaria²⁸, con la sola y única condición que se le separe la afirmación de existencia. Así me es permitido el tener por equivalente el término singular "Sócrates", y la afirmación según la cual existe un individuo x, y que este x satisface (y es el único en satisfacer) a la función "SOCRATES". Este descubrimiento de escritura, que debemos a Russell, nos permite plantear mejor nuestro problema para terminar.

Ahora bien si un x ha satisfecho la función ANALISTA, el momento de la conclusión no me parece poder ser considerado como aquél en el que no la satisfecería más (por la razón que sea), sino como aquél en que la función es leída por lo que ella es, es decir, recelando necesariamente en su seno un lugar vacío, lo que tiene por efecto de volver contingente de forma bastante repentina el hecho que ese vacío haya sido ocupado por ese x mas bien que por un otro. Quien no tiene acceso a esta division función/individuo y a la contingencia que lo pone en acto queda en la posición más o menos paranoizada del viator, de aquel que tiene todavía un trecho de camino por hacer. Y la famosa "caída" del sujeto-supuesto-saber no consiste seguramente en pensar en que no hay, sino en poder instaurar en el orden de un saber el hecho que ese sujeto es una función, sea algo que esta siempre listo a funcionar por poco que se le preste un x apto para amueblar su vacío esencial.

²⁸. Para convencerse, léase cualquier manual de lógica en el capítulo: "La eliminación de los términos singulares".

En la misma vena, al final del seminario sobre *La Angustia*, hablando entonces del ateísmo, Lacan arriesgaba la siguiente definición: "eliminar la dimensión de la presencia del mundo de la omnipotencia". Se lo mide bien con esa feliz expresión, que él no considera por un solo instante que este mundo de la omnipotencia no existe. Lo presenta por el contrario dotado de este grado de existencia que Quine prestaba a las proposiciones lógicas cuando las calificaba de "entidades semi-crepusculares"²⁹: que se las dote de un objeto apte a satisfacerlas, y ahí las tenemos todas remozadas, entregándonos objetos a más no poder objetales. Por el contrario, que se elimine "la dimensión de la presencia" descartando todo objeto, y la incernible e innumerable colección de esas funciones — que no es otra que lo simbólico mismo — devela uno de sus rasgos mejor ocultos: su intrínseca incompletud.

Es la razón por la cual el x que ha satisfecho a la función no puede hacer signo que se excluye de sí mismo sin des-juzgarse, sin reducir por ese paso su acto a un hacer técnico. Pero que aparezca la siempre improbable contingencia de su puesta en función, y no le queda más que a ser *depuerto*, sin poder aceptarlo, aún cuando sabe no poder escapar. *In fine*, su eventual asentimiento se despliega en el silencio sin borde del *in petto* — al menos por aquello que el tenor de su acto le importe.

Córdoba, 25 de julio de 1994

²⁹ Estas entidades son llamadas entonces "semicrepusculares" por el hecho que su insaturación constitutiva las coloca fuera de la máxima: "Ninguna entidad sin identidad". Quine tiene el cuidado de señalar en nota que Frege, en sus *Grundgesetze der Arithmetik*, también ha explícitamente evitado someter sus *Begriffe* a la identidad. Cf. W.V.O. Quine, *Relativité de l'ontologie et autres essais*, Aubier, Paris, 1977.